CANGREJOS

por Jean-Paul Dutronc

Le vigilaban, atisbaban con sus ojillos maléficos el más leve de sus movimientos...
No podía dar crédito a lo que sus ojos veían, pero, sin duda, un ejército de cientos de miles de soldados acorazados habían invadido sus dominios y le tenían en estado de sitio.

Descorrió las cortinas de la ducha, y ya iba a poner un pie en el suelo, cuando advirtió horrorizado que todo el piso del cuarto de baño estaba lleno de cangrejos.

Con el corazón palpitando furiosamente dentro de su pecho, corrió de nuevo las cortinas de plástico y trató de serenarse. No resultaba en absoluto razonable, pero la verdad era que había podido comprobar por sus propios ojos que, no bien los dedos de sus pies rozaron inadvertidamente los caparazones de aquellos crustáceos, cientos de pinzas se abalanzaron anhelantes deseando hundirse en su carne.

Se frotó los ojos con las manos y después las pasó por la húmeda cabellera. Las gotas de agua comenzaban a secarse sobre su piel, que se enfriaba rápidamente.

Abriendo de nuevo el grifo, dejó que el agua corriera sobre su cuerpo. Aplicó la ducha directamente encima de la nuca y sintió una agradable sensación de tibieza y una gratificante relajación. Sonrió para sus adentros y movió la cabeza negativamente considerando lo absurdo de aquella fugaz fantasía. Un chasquido le hizo volver a la realidad.

Atisbando por la abertura de la cortina, vio el toallero y un extremo del armario situado junto al lavabo. Fue descorriéndola poco a poco, y, con cierta aprensión, dirigió la vista hacia el suelo. Allí estaban. Formando un inquieto estrato que se ondulaba perezosamente, unos encima de otros, se apilaban los cangrejos, que, apenas advirtieron su presencia, comenzaron a agitarse nerviosamente. hasta él se elevó un murmullo de chasquidos, y cientos de pinzas se alzaron como implorando algo que ni quiso imaginar. Innumerables pares de ojos, inquietas cabezas negras de alfiler, se agitaron para terminar confluyendo en su persona.

Cerró otra vez las cortinas, y recluido en aquel estrecho cubículo, procuró serenarse y afrontar con tranquilidad la insólita situación. Los cangrejos estaban allí. Aquella segunda ojeada había sido suficiente para apreciar que no se trataba de ninguna broma de su imaginación. Preguntarse de dónde habían salido, cuántos eran, o qué esperaban, no iba a conducirle a nada. El suelo del cuarto de baño estaba plagado de cangrejos; las pinzas de tales crustáceos podían causar daño; la

aprensión de su carne desnuda por parte de semejante número de fuertes tenazas podía producirle la muerte: tales eran los hechos.
Dejando al margen, por tanto, cualquier consideración acerca del origen de aquella estrambótica situación, lo único que debía interesarle era cómo salir de la bañera y abandonar el cuarto de baño sin que las pinzas de aquellos bichos hicieran presa en su cuerpo.
La puerta distaba cerca de dos metros, por lo que rechazó de inmediato la idea de correr alocadamente hacia ella. Suponiendo que tuviera la suerte de no ser apresado, lo más probable era que sus pies resbalaran sobre aquellos caparazones y, una vez en el suelo, no habría nada que hacer. Incluso, si conseguía alcanzar la puerta incólume, ¿quién le decía que cientos o miles de inquietas patitas terminadas en fuertes pinzas no le aguardaban anhelantes sobre el suelo del pasillo y del dormitorio? Desde el momento en que había sucedido lo que sus ojos estaban contemplando, aquella situación podía hacerse extensible, por la misma desquiciada lógica, al resto de la casa.
Estornudó varias veces. Las toallas estaban demasiado lejos para poder alcanzarlas desde la bañera, y, si no quería atrapar un resfriado atroz, la única solución, en tanto hallara una salida para aquella absurda situación, era continuar duchándose de vez en cuando.
Furioso y asustado, tomó la pastilla de jabón y la lanzó contra el lugar en que era mayor la concentración de cangrejos. La pastilla rebotó contra el caparazón de un gran crustáceo, que le miró fijamente agitando sus enormes pinzas, y después fue a aparar cerca del inodoro. El susto que le invadía subió de grado al comprobar que varios cangrejos se abalanzaban sobre ella y, cuarteándola con sus tenazas, la devoraban en un abrir y cerrar de ojos sin que, al parecer, sufrieran el más mínimo trastorno. Ahora se encontraba convencido de que, si acaso se le ocurría poner el pie en el suelo, quedaría descarnado en cosa de segundos.
Uno de los bichos intentó escalar los baldosines y trepara hasta el borde de la bañera, pero desistió al segundo intento. La pulida superficie resultaba tan resbaladiza que hacía imposible la ascensión.
Mientras dejaba correr el agua tibia por su cuerpo, se le ocurrió la idea de cocer a los cangrejos. ¿No era aquel el procedimiento que se empleaba para matarlos?
Procurando que el agua caliente no le quemara los pies, los colocó en el borde de la bañera, y en aquel difícil equilibrio, abrió por completo el grifo. Instantes después, el agua salía casi hirviendo, y una atosigante nube de vapor obstaculizaba su visión.
Cuando consideró que la temperatura era la máxima que podía ser alcanzada, apartó las cortinas y dirigió el chorro hacia los cangrejos, que, al sentir sobre sus caparazones el ardiente líquido, hicieron crujir sus pinzas y las entrechocaron furibundamente.
Satisfecho, sonrió, y la alegría por su inminente triunfo fue transformando la sonrisa en una carcajada incontenible. Rió y rió hasta que, en uno de los accesos, advirtió que perdía el equilibrio, y por un momento temió caer sobre los cangrejos, pero en el último segundo realizó una brusca torsión y se derrumbó sobre la bañera produciéndose un agudo dolor en las rodillas y el la espalda. Un instante después, la manguera de la ducha, que había soltado en su caída, se balanceó sobre

él y un chorro de agua hirviente le abrasó arrancándole un alarido desgarrador.

Como pudo, alcanzó el grifo del agua caliente y lo cerró por completo. El muslo derecho se le enrojeció violentamente y el dolor de la quemadura ocultó, de momento, el producido por la caída sobre la bañera. En aquel lastimoso estado, esperó a que se despejara la nube de vapor.

Cuando la atmósfera se clarificó lo suficiente, advirtió que los cangrejos continuaban allí. Tan sólo dos o tres de ellos yacían patas arriba sin vida. El color de los caparazones de sus víctimas se había vuelto violentamente rojo.

Aunque dolorido por el golpe, y con lágrimas en los ojos debido al escozor de la quemadura, se sintió aliviado al comprobar que el sistema había dado resultados. Tan sólo era cuestión de actuar con serenidad y lanzar el chorro contra los crustáceos procurando que no le alcanzara a él mismo.

Situándose de tal modo que hurtaba su cuerpo a las salpicaduras del agua caliente, volvió a abrir el grifo a tope. El ardiente líquido se abatió contra los cangrejos, y, nuevamente, una nube de vapor invadió la estancia. Pero, cuando ya gozaba por anticipado de su triunfo, se dio cuenta de que, a pesar de mantener el grifo abierto, la nube de vapor comenzaba a disiparse. Unas gotas de agua salpicaron su mano y pudo apreciar que la temperatura del chorro descendía ostensiblemente. Al instante comprendió lo que estaba ocurriendo. Antes de introducirse en el baño había sopesado la bombona de gas sospechando que su contenido estaba ya en las últimas, pero, suponiendo que quedaba lo bastante para una ducha, había decidido arriesgarse. Aquel resto de gas había sido suficiente, tal y como imaginó, para una ducha, pero sólo para una.

Cuando la nube de vapor se disipó, creyó notar que el número de cangrejos había aumentado, y, mirando el baldosón de la pared más cercano al suelo, comprobó que el estrato de crustáceos lo ocultaba casi en sus tres cuartas partes.

Dolorido, y tiritando de frío por no poder secarse, se esforzó en hallar una solución a tan insólita situación. Podía arrancar las cortinas que rodeaban la bañera y tenderlas sobre el suelo para caminar sobre ellas hasta la puerta, pero ¿estaría libre de crustáceos el pasillo? ¿Sería posible matarlos uno a uno machacándolos con el frasco de gel?, se dijo.

Quizá fuera una tarea ardua, pero, ni corto ni perezoso, tomó el pesado recipiente de plástico y, sin soltarlo, lo dejó caer por su base sobre uno de los cangrejos. Se oyó un crujido, y el cangrejo movió espasmódicamente sus pinzas durante un momento. Luego quedó inmóvil.

Alentado por aquel éxito inicial, que había enfurecido a los demás animales, los cuales hacían chasquear nerviosamente sus pinzas, dejó caer el frasco sobre otro cangrejo, y después sobre otro, y, produciendo un movimiento de vaivén, despejó, bamboleando el recipiente, un espacio delante de la bañera, lo que al instante comprendió que no le favorecía porque los cangrejos, avisados, se retiraban por propia iniciativa, d forma tal que, tras haber acabado con unos cuantos, no pudo alcanzar a ninguno más.

De pronto vio que, escalándolo por la parte de atrás, dos o tres

cangrejos se sumergían en las profundidades del inodoro. ¿Estarían iniciando la retirada, si es que aquella había sido su vía de acceso?

Continuó a la expectativa, pero no vio que ningún otro crustáceo los siguiera. Sin duda se trataba de una avanzadilla exploratoria.

Decidió esperar el desarrollo de los acontecimientos. la marea que inundaba el suelo del cuarto de baño pareció aquietarse, y el ingente número de crustáceos parecía también a la expectativa.

De pronto, experimentó un agudísimo dolor en los dedos de los pies. Miró hacia abajo y comprobó aterrado que un cangrejo había hecho presa en su dedo meñique. Otros dos pequeños bichos, surgiendo por el agujero del desagüe, corrían hacia él.

Aterrado, comenzó a dar saltos en la bañera pretendiendo desasirse de las pinzas que aprisionaban su dedo y le causaban un dolor insufrible. Utilizando la esponja, empujó a los dos crustáceos fuera de la bañera, y, tomando el frasco de gel, lo dejó caer sobre el que había hecho presa en su dedo. Una vez despanzurrado, no por eso aflojó la presión de su pinza, y tubo que ser é quien, a costa de ímprobos esfuerzos, se librara de la espantosa presión de aquellas duras y cortantes tenazas.

Rápidamente obturó el desagüe mediante el tapón, y después arrojó el cadáver del cangrejo sobre sus camaradas. Al asomarse al borde de la bañera advirtió que, haciendo uso de una nueva estrategia de ataque, los crustáceo intentaban introducirse en al pileta trepando sobre el cuerpo de los otros, que formando un montón, facilitaban así el ascenso a los que venían detrás.

No le fue difícil desmoronar aquella torre, pero desde entonces tuvo que permanecer atento porque, al menor descuido por su parte, volvían a intentarlo.

Al poco, se dio cuenta de que una gran quietud se extendía entre los cangrejos. Apenas si realizaban algún movimiento, y había cesado aquel incesante chasquear de sus pinzas: ni siquiera le miraban.

Retirados de la bañera, y agrupados cerca de la pared, parecían en actitud reflexiva. Hubiera jurado, incluso, que se comunicaban silenciosamente entre ellos de la misma forma que un grupo de asaltantes, rechazados al primer intento, reagrupan sus fuerzas y trazan los planes de una nueva estrategia.

Aprovechando que la zona cercana a ala puerta se hallaba momentáneamente despejada, no atreviéndose a poner el pie en el suelo, desenganchó las argollas que sujetaban una de las cortinas de plástico y, tomando la barra metálica, actuó a distancia sobre el picaporte de la puerta, que se fue abriendo poco a poco.

El suelo del pasillo era un hervidero de crustáceos, cuyos caparazones relucían reflejando la escasa luz procedente de la ventana del patio.

Durante un momento, aquella masa de cangrejos pareció vacilar, y, al segundo siguiente, echaron a correr en tropel. Con ayuda de la barra dio un fuerte empujón a la puerta, que volvió a cerrarse, y, a continuación, sintió el ruido producido por las patas de loa animales al arañar furiosamente la madera.

Considerando lo absurdo de la situación a punto estuvo de abandonar la bañera sin ningún tipo de precauciones, pero, finalmente, la prudencia le contuvo. Supuso que serían cerca de las once. Sentía dolorido el cuerpo,

especialmente en las zonas en que se había golpeado al caer sobre la bañera, y los continuos estornudos eran la señal de que habían atrapado un formidable catarro. ¿Cómo disculparse en la oficina por llegar con un retraso de dos horas? ¿Con qué cara iba a ser capaz de explicar el asunto de los cangrejos?

En aquel momento sonó el timbre y los cangrejos se inmovilizaron aún más. A continuación oyó que se cerraba la puerta de entrada. La mujer de limpieza acostumbraba a llamar antes por si él se encontraba en la casa, a pesar de que disponía de una llave propia. «¡Brígida!», exclamó con toda la fuerza de sus pulmones. Tras unos instantes de silencio, oyó la voz de la asistenta. «¿Señor?», dijo, todavía desde el vestíbulo. «¡Brígida!», gritó nuevamente sin saber qué añadir a continuación.

La imaginó despojándose parsimoniosamente de su abrigo y depositando en una silla del recibidor las eternas bolsas de plástico que siempre llevaba consigo. A continuación oyó sus pasos bajando los dos escalones que conducían al salón, y permaneció atento al menor ruido. «¿Está usted ahí, señor?», decía mientras se aproximaba al cuarto de baño. El contuvo la respiración extrañado de no oír el crujir de caparazones bajo el considerable peso de su asistenta.

Un momento antes de que Brígida alcanzara la puerta del baño, percibió una ligera exclamación de sorpresa, y, acto seguido, una frase pronunciada en voz baja llegó hasta él a través de la puerta cerrada. «¿Qué es esto», se preguntó la mujer. «Pero...», comenzó a decir.

Un alarido formidable surgió de la garganta de Brígida, y su exclamación se confundió con el rumor de cientos de patas que corrían a su encuentro. La mujer dio dos o tres pasos quejándose lastimeramente, y a continuación pareció que se derrumbaba muy cerca de la puerta del cuarto de baño .Los cangrejos, agrupados junto a la pared de baldosines, se removieron inquietos y clavaron en él sus ojos como pequeños y diminutos botones negros.

«¡Jesús!», suspiró la asistenta con voz ahogada. Después lanzó varios gritos desgarradores y no se volvió a oír más que el rumor de cientos de patas y el chasquido de sus pinzas. A los pocos minutos un hilillo de sangre se coló por debajo de la puerta.

Un crujido, una serie de crujidos simultáneos, comenzaron a legar desde el pasillo. Era como si un gran número de tijeras se desplazara sobre una pieza de tela gruesa deshaciéndola en fragmentos. El flujo de sangre continuó derramándose sobre los baldosines del cuarto de baño, y algunos de los cangrejos se excitaron al sentirse bañados en él; movieron sus patitas e hicieron crujir sus pinzas en inquietante aplauso. Por toda la casa se extendió un nauseabundo olor a vísceras calientes expuestas al aire, y los crujidos procedentes del pasillo continuaron incesantes y monótonos.

Cuando la fetidez inundó el cuarto de baño, la masa de cangrejos se removió inquieta y algunos de los animales alzaron las pinzas haciéndolas oscilar a derecha e izquierda como estimulados por el olor de la carne. Después, se fueron desplegando, y abandonando el montón en el que desde hacía rato se habían constituido, ocuparon toda la superficie de baldosas hasta el borde mismo de la bañera.

Con ayuda de la barra de la cortina, fue abriendo poco a poco la puerta

mientras los crustáceos situados junto a ella se dejaban arrastrar remolonamente. Muy cerca del marco pudo ver un bulto informe en el suelo. Sobre él deambulaban inquietos centenares de cangrejos que continuaban atentos su tarea de despedazamiento. Un grito de horror escapó de sus labios y un sentimiento de náusea invadió su garganta cuando vio a lo que había quedado reducida la asistenta.

Empujando la puerta con la barra metálica consiguió cerrarla otra vez temiendo la invasión de los crustáceos que, al parecer, habían ocupado toda la casa. Se acurrucó en un extremo de la bañera y a punto estuvo de prorrumpir en amargas lágrimas de impotencia.

Algunos minutos más tarde, se quietó la actividad del pasillo, y el incesante rumor, el constante cortar y machacar, fue sustituido por el significativo silencio que suele suceder a los almuerzos copiosos. Mientras tanto, los cangrejos, uno a uno, como si calcularan perfectamente el peso que podía resistir, comenzaron a trepar por una de las toallas de baño, y, caminando por el filo del lavabo, pretendían aproximarse a la bañera.

Tomando la ducha de mano, intentó rechazarlos de igual modo que se hace con un grupo de manifestantes, cosa que no resultó difícil; pero, al efectuar aquella maniobra, la toalla de baño, por donde los cangrejos ascendían, quedó completamente empapada, lo que unido a la equilibrada posición en que se encontraba, contribuyó a aumentar la solidez y estabilidad de aquella improvisada escala.

Al mismo tiempo, simultaneando el ataque por aquel frente, los crustáceos formaron una torre junto a la puerta, y así, unos sobre otros, se constituyeron en un montículo por el que otros congéneres trepaban ágilmente con la intención de deslizarse dentro de la bañera.

Teniendo que atender a dos frentes a la vez, la situación se hizo más difícil, aunque todavía sostenible. Los cangrejos parecían dotados de un irracional i limitado valor sin que la destrucción de algunos de sus compañeros les arredrara en absoluto. Todo lo que deseaban a juzgar por su contumacia ciega era apresar y desgarrar la carne humana con sus fuertes pinzas.

Poco más tarde, algunos crustáceos, cuyo número parecía no disminuir, cayeron dentro de la bañera e intentaron hacer presa en sus pies.

Rechazándolos como pudo, comprendió que la defensa en aquel reducto no podría ser sostenida durante mucho tiempo. A pesar de su aparente lentitud, los cangrejos afluían en tal número, que superaban con mucho su capacidad de movimientos.

Sin dejar de rociar con el agua a presión a los invasores, abrió como pudo la puerta con ayuda de la barra: cientos y cientos de cangrejos reposaban sobre el suelo del pasillo y sobre los restos descarnados de lo que había sido Brígida. Parecían encontrase en una especie de letargo posterior al festín, y mientras se defendía de los más próximos, consideró la posibilidad de salir corriendo aprovechando aquella circunstancia y abandonar la casa.

Algunos de los más feroces habían entrado ya en la bañera e intentaban aferrarse a los dedos de sus pies. Soltó la ducha ciego de ira y de terror, y puso los pies sobre los resbaladizos caparazones de los crustáceos, que ocultaban el suelo del cuarto de baño. Al instante, decenas de fuertes

pinzas se incrustaron en su carne y experimentó dolores agudísimos.

A grandes zancadas salió al pasillo advirtiendo que el peso de sus pies aumentaba considerablemente debido a la cantidad de cangrejos que, como imperdibles, traspasaban su carne. Al pisar los caparazones de los durmientes, todo el suelo se convirtió en un hervidero.

Saltando sobre los restos de Brígida, se encaminó hacia la salida aullando de dolor y sintiéndose cada vez menos ágil.

Al llegar al vestíbulo comprendió que por allí nunca conseguiría abandonar la casa. Cientos, miles de crustáceos se amontonaban sobre el piso del vestíbulo formando una infranqueable muralla, por lo que, cada vez más lentamente, corrió hacia el dormitorio y se encerró en él. Milagrosamente, el suelo de la alcoba se hallaba completamente despejado de animales.

Agachándose, y dando gracias por hallarse momentáneamente a salvo, se arrancó los cangrejos de sus pies y de sus pantorrillas llevándose con ellos fragmentos de tejido. Al cabo de cinco minutos había conseguido desprenderse de todos los bichos, y a causa de la excitación de que era presa, no experimentaba ningún dolor pese a tener los pies y las piernas destrozados.

No bien hubo finalizado su tarea, se oyeron crujidos en la parte baja de la puerta. Poco después la madera más próxima al suelo comenzó a partirse y a desmigajarse: innumerables pinzas socavaban los bajos de la puerta.

Ciego de terror, fue retrocediendo hasta encontrarse a la altura del lecho. Desde allí contempló cómo la madera cedía y, finalmente, una inmensa riada de cangrejos invadió el dormitorio encaminándose con determinación hacia donde él se encontraba; y el empavorecido habitante de aquella casa, al no encontrar otra escapatoria que la ventana de un onceavo piso, saltó sobre la cama y se sumergió en ella cubriéndose con las mantas. AL instante se sintió presa de cientos de fuertes garfios, y su cuerpo, en vez de reposar sobre las sábanas, se estremeció al contacto con los ásperos caparazones de los cangrejos que se habían refugiado, esperándole pacientemente, en el interior del lecho.

Tras unos instantes de forcejeo, se sintió completamente inmovilizado. La interminable procesión de animalillos llegó hasta el pie de la cama, y trepando por las patas torneadas, se abalanzó sobre el infeliz que yacía desnudo y apresado.

Pocas horas más tarde, un esqueleto humano, casi completamente limpio, podía contemplarse sobre las sábanas empapadas en sangre. En el suelo del pasillo, una segunda osamenta yacía en una forzada posición, y sobre las baldosas del cuarto de baño, algunos otros pequeños y aplastados cadáveres completaban el insólito cuadro.